Transatlantic Security Dialogue



LA HORA DE LAS POTENCIAS MEDIAS

Posicionamiento estratégico de México

Los últimos treinta años de relativa paz han quedado atrás. Las líneas rojas, tratados y organismos multilaterales construidos en las últimas décadas se han erosionado frente a nuestros ojos, lo que incrementa exponencialmente el riesgo que un encuentro menor escale hacia algo mucho mayor. La lección que emerge es incómoda, pero resulta indispensable comenzar a discutirla y socializarla: ya no basta con aspirar a un orden internacional basado en reglas. Para que ese orden sea creíble y sostenible, las reglas deben estar respaldadas por capacidades reales que permitan hacerlas cumplir y defenderlas.

Esta erosión del orden internacional y el consecuente reacomodo del equilibrio de poder han propiciado la aparición de nuevas alianzas y marcos de cooperación en materia de seguridad. Por un lado, ha cobrado fuerza un eje de convergencia estratégica integrado por Rusia, China, Irán y Corea del Norte; por otro, las democracias occidentales y sus socios han impulsado nuevos mecanismos de cooperación, como AUKUS entre Estados Unidos, Australia y el Reino Unido, así como la incorporación de Finlandia y Suecia a la OTAN, que rompió décadas de neutralidad nórdica. Lo cual ilustra que las potencias medias han comenzado a redefinir sus alianzas y marcos de cooperación como un componente indispensable para preservar su seguridad, autonomía estratégica e influencia internacional.

La invasión rusa a Ucrania es el ejemplo más claro y una de las alertas más importantes de nuestro tiempo para las potencias medias: la guerra continúa siendo utilizada como un instrumento para la conquista territorial y la consecución de objetivos estratégicos por parte de una potencia. A su vez, este conflicto es un recordatorio de que una postura estratégica mal calibrada puede convertirse en un factor de riesgo e inestabilidad; pero cuando se gestiona con capacidades reales y alianzas claras, puede transformarse en una herramienta de disuasión y diálogo de primer orden.

Y es aquí donde entra el papel de los pivotes estratégicos, concepto que Zbigniew Brzezinski desarrolló en *"El gran tablero mundial"* para describir a países que, sin ser grandes potencias, inciden en el orden internacional por su peso geográfico, económico y político. Se trata de actores intermedios que hoy tienen una ventana de oportunidad histórica: la de decidir si permanecen al margen, expuestos a los efectos de un orden que otros definen, o si asumen un rol activo en su reconfiguración. Para México, esa decisión no admite ambigüedad.

No se trata de neutralidad pasiva, sino de una ***postura estratégica activa que combina dos dimensiones complementarias y no excluyentes:*** por un lado, fortalecer capacidades de defensa y consolidar alianzas con socios afines; por otro, construir puentes de diálogo entre potencias y ejercer funciones de mediación en aquellos espacios donde las grandes potencias han reducido o abandonado los canales de comunicación y cooperación.

En este segundo frente —el de tender puentes y ejercer mediación—, México tiene un activo poco explotado: su propia historia. El Tratado de Tlatelolco, que convirtió a América Latina y el Caribe en la primera región densamente poblada del mundo libre de armas nucleares, demuestra que México ya ha sido capaz de impulsar una arquitectura de seguridad multilateral en un momento de alta tensión entre grandes potencias.

Esa capacidad diplomática no ha desaparecido; simplemente ha quedado relegada a un segundo plano, y hoy debe complementarse con una agenda de fortalecimiento de capacidades y alianzas. En el actual entorno internacional, marcado por la competencia estratégica y la erosión de los mecanismos tradicionales de cooperación, México cuenta con la experiencia y existe la oportunidad de recuperar su papel como promotor de diálogo y constructor de consensos, sin renunciar a su autodeterminación ni a la libertad de robustecer sus propias capacidades de defensa y establecer vínculos con socios estratégicos.

La recomendación estratégica para México es clara: en lugar de esperar pasivamente a ser arrastrado hacia un alineamiento binario entre bloques, debe impulsar activamente acuerdos en ámbitos donde cuenta con legitimidad histórica y ventajas geográficas: no proliferación, seguridad marítima, una posible relación formal como socio global de la OTAN y la modernización de sus capacidades de defensa.

Esto implica cuatro líneas de acción: primero, recuperar el liderazgo diplomático mexicano en foros de desarme y control de armamento, utilizando el legado del Tratado de Tlatelolco como capital político; segundo, promover conversaciones sobre gobernanza marítima regional, un espacio donde las tensiones entre grandes potencias comienzan a intensificarse y donde México puede posicionarse como actor de diálogo; tercero, explorar la figura de socio global de la OTAN —un esquema de cooperación no vinculante utilizado por países como Japón, Australia y Colombia— para fortalecer la colaboración en ciberseguridad, resiliencia de cadenas de suministro y desminado, sin comprometerse a una defensa colectiva; y cuarto, impulsar la renovación de capacidades militares de las Fuerzas Armadas para que puedan cumplir cabalmente con sus misiones constitucionales y puedan hacerle frente a las amenazas del entorno actual. Esta modernización solo es posible con una decisión política que la respalde: México debe incrementar de manera sostenida su presupuesto de defensa, para dotar a sus Fuerzas Armadas de equipo, tecnología y capacidades acordes a los riesgos del entorno actual.

El mundo actual está entrando en una nueva etapa de competencia estratégica, donde la capacidad de influencia depende cada vez más del poder, las capacidades y las alianzas, además de las reglas e instituciones internacionales. Ante este escenario, México tiene dos caminos: limitarse a observar la evolución de un tablero que otros están definiendo, o asumir su papel como pivote estratégico activo, fortaleciendo sus propias capacidades, consolidando alianzas estratégicas y, al mismo tiempo, tendiendo puentes de diálogo entre potencias. La oportunidad existe. La pregunta es si México tendrá la visión estratégica y la voluntad política para asumir el papel que su historia y sus capacidades le permiten desempeñar en el nuevo escenario internacional.

I.Q

